

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripción 10 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—*Ateneo de Cádiz, por D. Francisco Flores Arenas.*—*Fátima, novela por D. Pedro de Prado y Torres, conclusion.*—*Una cacería en Rusia, por E. C.*—*La primavera, por D. Antonio de Trueba.*—*Geroglífico.*

ATENEO DE CADIZ.

Juegos Florales.—Inscripcion dedicada á Lopez Conejero.

El 23 del que rige, día del Príncipe de Asturias, fué el señalado por el Ateneo para la notable solemnidad que en el epígrafe de este artículo indicamos, y de la que nos permitiremos hacer una breve reseña.

Sabido es que este cuerpo literario promovió pocos meses ha un concurso poético, unos juegos florales á imitacion de los que en otras ciudades tienen aun lugar con mas ó menos frecuencia. Los poetas esta vez han hecho honor á la convocatoria, y diez y ocho composiciones fueron remitidas en el fijado plazo; lo cual no es poco ciertamente si se considera que todo lo que es inusitado ó nuevo en una localidad, necesita de algun tiempo para aclimatarse y dar su fruto.

Dos eran los asuntos propuestos: á saber: *La Virgen de las Mercedes Redentora de Cautivos, y La Salida de Colon del Puerto de Palos.*

De las composiciones remitidas no todas pudieron entrar en certámen. Las unas porque no se habian llenado en ellas las pocas condiciones impuestas respecto á la forma del trabajo, las otras porque venian firmadas.

Leidas y discutidas concienzudamente fueron todas por el jurado. Este, tras maduro exámen, acordó unánimemente adjudicar la flor de oro señalada para el segundo asunto á la composicion que llevaba por lema *Fé, Esperanza y Caridad*, la flor de plata á la que tenia por testo *Lágrimas*. Respecto al primer asunto no creyó oportuno el jurado adjudicar la flor de oro, pero sí la de plata, y esta la alcanzó la oda señalada con el epígrafe: *La Ca-*

ridad es el vínculo de la perfeccion. Estos premios debian distribuirse, con arreglo al programa, en la noche del ya citado dia 23.

Antes de la hora señalada el magnífico salon de actos públicos del Ateneo se hallaba favorecido por una numerosísima cuanto lucida concurrencia de ambos sexos. Poco despues rompió la orquesta, y dada la señal ocuparon los asientos prevenidos de antemano los jueces del concurso, presididos por el Sr. D. Miguel Ayllon y Altolaguirre, á quien tal honor correspondia por el doble carácter que en aquel momento representaba. Dicho Sr. abrió el acto con un erudito discurso de excelentes formas, en el que se remontó al origen de los Juegos Florales ha mas de cinco siglos, haciéndonos ver la influencia eficaz que ellos egercieron en el gusto literario de aquella época galante cuanto gloriosa, bien así como en posteriores tiempos, en los que si ya no es la misma en sus formas la poesía, es siempre el mismo el poder del estímulo que aquellos crearon, porque él está en el corazon del hombre, y mas acaso que en otro alguno en el del poeta.

Al hablar de la academia *del gai saber* y de la compañía de los siete trovadores de Tolosa, de la que nacieron los Juegos Florales, forzoso le fué traer á su discurso la semi-alegórica figura de la célebre Clemencia Isaura, cuyo elogio se pronuncia cada año en las asambleas de estos Juegos, y en las que frecuentemente preside su estatua coronada de flores. Hemos llamado á esta figura semi-alegórica, porque para nosotros Clemencia Isaura, en vez de haber sido una muger de carne y hueso, acaso no fué mas que un mito, un emblema, una personificacion de tales Juegos. Su existencia real entra en el número de las cosas problemáticas, si es que merecen fé, como deben merecerla, las investigaciones hechas en este punto.

Este discurso fué pues digno del ilustrado Sr. Ayllon, y se escuchó con el placer mas vivo. Terminado que fué dióse lectura á la oda premiada con flor de plata referente á la Virgen de las Mercedes, y roto el sobre se vió que el nombre que él contenía era el siguiente "Ana Z. de Guzman". Ninguna otra seña. En estos momentos trata de averiguar el Ateneo quien sea semejante dama, puesto que por aquel nombre, en el que lo mas impor-

tante acaso es una simple inicial, no era posible descubrirla.

Leyóse despues la oda á la que se habia adjudicado la flor de oro, y abierto el pliego se halló dentro una carta atada con una cinta y firmada "Eugenio Quijano" La fecha en Palos. Decíase en ella que si por ventura fuese su obra premiada se entregase la flor al Sr. D. Adolfo de Castro, á quien rogaba la remitiese al Excmo Sr. Capitan General del ejército de Africa para que la adjudicase á un oficial digno por sus hechos de semejante honor. Sentimos no poder trasladar este precioso documento á nuestras columnas, porque él honra como español y como hombre de corazon al que ya su oda habia honrado como poeta.

La leyenda épica que habia obtenido la flor de plata en el asunto de las naves de Colon fué leida tambien. El pliego venia firmado con este nombre: "Eusebio Martinez de Velasco." Su piedad filial habia consagrado de antemano aquella prenda al sepulcro de su padre. Allí se indicaba una persona en Madrid á quien debería remitirse.

Ninguno de los agraciados es conocido de los jueces del concurso ni aun jamás habian oido sus nombres. Esto prueba que la parcialidad no entró por nada en el juicio que unánimemente habian emitido.

Los demás pliegos, cerrados como estaban, fueron consumidos por las llamas en presencia del público concurrente.

Dado un ligero descanso durante el cual tocó de nuevo la orquesta, dióse principio á la segunda parte del acto, consistente en la inauguracion de la lápida que el Ateneo ha mandado fabricar en conmemoracion del heróico hecho de armas del soldado Lopez Conejero, á quien el Excmo Sr. general de nuestras tropas en Africa adjudicó la medalla de honor puesta á su disposicion, segun consta en la leyenda que trascribimos.

La inscripcion decia así:

"Al valor heróico y á la piedad en la guerra de Africa. Memoria consagrada al cazador del regimiento del Rey Francisco Lopez Conejero, que penetrando en la línea enemiga salvó el 24 de Noviembre de 1859 en el boquete de Anghera á su compañero herido Juan Molina, y fué premiado por el Excmo Sr. Conde de Lucena con la medalla de oro de esta Academia de Literatura.—El Ateneo de Cádiz."

Esta lápida fué descubierta por el Sr. D. Adolfo de Castro, digno presidente de la Academia referida, el cual leyó un bellissimo discurso, donde á vueltas de la narracion del hecho, se hacian apreciaciones muy oportunas y filosóficas envueltas en las galas de esa poesía del corazon que caracteriza el estilo de nuestro excelente amigo y distinguido compatriota.

En seguida el Sr. Sanchez del Arco leyó un soneto de mucho valor, y en el que probó que tambien en este género sabe acertar. El Sr. Zappino, ausente por indisposicion, remitió una oda abundante en correccion y sentimiento, y por último el

Sr. Ramos dió lectura á unas quintillas escritas con buenos arranques de vigor.

Concluida la lectura de estas poesías, el Sr. Ayllon estendió su mágica vara, y desapareciendo como por encanto la gravedad del acto solemne, convirtióse en pocos minutos el local en un bello salon de baile, donde las lindas jóvenes concurrentes valsaron y polkaron por espacio de algunas horas, pasadas en alegre y decoroso solaz.

Así terminó para el Ateneo la noche del 23 de Enero; así celebró esta corporacion los faustos dias del Príncipe de Asturias.

No concluiremos sin manifestar que las flores que sirvieron para los premios han sido trabajadas por los acreditados joyistas Sres. Viercio y Sibello hermanos. Son obras de singular mérito y primor, y honran ciertamente á nuestra poblacion, porque dan una idea tan ventajosa como justa del estado de adelanto de este ramo en Cádiz.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

FATIMA.

Episodios é intrigas del Serrallo en la corte otomana, bajo el reinado del sultan Mahomed II.

NOVELA

POR

PEDRO DE PRADO Y TORRES.

(CONCLUSION.)

—¿Eres mia, Fátima? le pregunta solícito su amante....

—Tuya con toda el alma.... dijo Fátima; pero la virtud, el deber, ¿he de recordárselos al respetuoso y recto Abed-Ker?

Abed-Ker era al fin un mortal, cuya cabeza dirigia generalmente al corazon; pero cuyo corazon recobró por esta vez todo su despótico imperio.

—¡Perdóname, exclamó Abed-Ker, algun tanto calmado, pues si nos hubiesen visto, ú escuchado, nuestra muerte era inevitable, pero al mismo tiempo no culpes á nadie mas que á tí misma; yo he triunfado contigo del peligro emprendiendo la fuga cuando era inminente, hoy quise combatirlo frente á frente, y he sucumbido en él.

—Mi corazon, repuso ella, jamás te echará en cara tus amores si me juras que ellos serán el sello de una union constante, y que se legitimarán oportunamente, pero serás para mis ojos el mas vil de los mortales si me pagas con ingratitud y alevosía.

—Te lo juro, yo te amaré hasta mas allá de la tumba.....

VI.

Despues del sacrificio de Irene á la vindicta pública, y de la afrentosa resistencia de Fátima, ape-

nas le quedó tiempo, ni gusto á Mahomet, para frecuentar su serrallo, y cuando meditaba una venganza para castigar á la pertinaz odalisca, fuéle forzoso, por segunda vez, volar á Scanderberg á ponerse á la cabeza de sus tropas. Resonaba en Constantinopla todos los dias la fama de sus rápidas victorias, derribando cuanto se oponia á su paso. ¡Época feliz fué esa para Fátima, libre á la vez de las accechanzas del tirano que abominaba, y de poder ver al que su corazon eligiera. Los estragos de la pasion señalaban sus huellas en el pálido rostro de Fátima, mas esta tenia en su mano remediar con el arte esa falta de color que hubiera dado que sospechar á los eunucos.

Hoy, le dijo á Abed-Ker, es uno de esos dias, en que embisto; y si mañana no tengo mejor semblante, hago añicos este espejo.—Al retirarse aquel despues de una larga conferencia, de las habitaciones de la Sultana, oyó que el portero del departamento de las mujeres, el *Baki-Tapa Ogliari*, estaba murmurando entre dientes propósitos de instruir al Sultan de sus sospechas; persuadido, pues, de la necesidad de adormecer ese can-cerberero, al siguiente dia al tornar al serrallo, dejó caer al pasar á su lado un bolsillo conteniendo monedas de oro; el portero que le creyó caido al acaso, le recogió para restituirlo á su dueño, quién le suplicó le guardase en recompensa de sus buenos servicios; el avariento eunuco no se hizo rogar; al contarle el lance á Fátima, esta repuso sonriendo:

—Tu liberalidad me parece oportuna, pues no hay mejor soporífero para esta clase de Argos.—De este modo, deslizáronse muchos otros dias para entrambos amantes.....

Queriendo Fátima cierta tarde respirar un poco el aire libre, cuando Abed-Ker se hubo retirado, bajó sola á los jardines del serrallo y principió á buscar yerbas para la confeccion de un agua aromática, cuando de improviso fijaron su atencion hondos suspiros exhalados cerca de ella: acércase tan llena de curiosidad como de interés, hácia el punto de donde parecieron partir, y reconoce á Ibrahim postrado de rodillas y sollozando, oculto en un cenador de jazmines. ¡María! Madre tierna! exclamaba. ¡En vano á mi celo confiaste tu hija! ¡Unos bárbaros la robaron dejándome vivo para mas tormento mio! ¡Cuitado de mí, tal vez nunca mas la vea!"

Las lectoras recordarán á Ibrahim Bajá, el que comisionara el Sultan para dirigir el serrallo nuevo, el mismo que significamos que anteriormente dirigió el viejo ó séase el Eski-Saray destinado para retiro de la madrastra del Sultan, la *Despensa* María. Ibrahim era amado y recompensado por aquel, pero solo aspiraba á la paz y á la tranquilidad; una negra melancolía le hacia desear la soledad. Confuso en esta ocasion por haber sido sorprendido en sus enagenaciones, quiso alejarse; pero Fátima le detuvo con tierno interés, y le instó á que la confiara su secretas penas, asegurándole que no dimañaba su deseo de una impertinente curiosidad, sino de la esperanza de poderle servir de algún consuelo.

—No lo tienen mis males, repuso el Bajá..... tú

misma juzgarás, pues quiero obedecer á tu indicacion declarándotelos.... Hubo algunos instantes de pausa, despues de los cuales exclamó Ibrahim.... "¡Gran Dios! ¿Qué pretendo? ¿Me decidiré á revelar un secreto que nadie debe saber?....."

El abatimiento de Ibrahim conmovió á Fátima hasta el punto de hacerla derramar lágrimas.

—¿Tú lloras, adorable prin.... observó el Bajá; no llores por mí, sino por María, mas digna de compasion que yo, pues en medio de su grandeza, un gusano roedor le acibara la existencial....

—¿Pues qué desgracia puede haberle sucedido á esa tierna *Despensa*? preguntó Fátima que no comprendia ese misterio. *Esa Despensa*, que con sus cuidados maternales procuró formar mi corazon para la virtud, y *que me ha hecho amar una religion proscrita de estos lugares....* ¡detente labio!.... añadió azorada. ¿Qué es lo que yo voy á descubrir á mi vez?...

—No temas, ¡oh Fátima! en mí una delacion, incapaz de abusar de tu confianza, y lleno de confianza en tí como tú puedes estarlo en mí, voy ahora mismo á hacerte la mia.

VII.

Jorje Bulkoy, déspota de la Sérvia, era padre de María, madrastra de Mahomet II, la cual en su matrimonio con Amural II no tuvo mas que una hija, que si viviera *seria ahora de tu edad* sobre poco mas ó menos, Fátima; y si te hago notar esta circunstancia, es porque la mayor parte de los Turcos la ignoran absolutamente. Yo soy quien puede dar únicamente en la actualidad los detalles de los principales sucesos que presidieron al nacimiento de la susodicha ignorada princesa, en los cuales voy á ponerte al corriente.—Amurat, no llevó mas objeto en la realizacion de sus segundas nupcias, que el de adquirir un título á las posesiones de los estados de su suegro; para el mejor logro de sus planes de ambicion, hizo sacar los ojos á dos hijos de Bulkoy, y los mutiló bárbaramente á fin de que no pudiesen tener sucesion. Por su parte el déspota para vengarse del infame proceder de su yerno, entró en liga confabulada contra el Imperio Otomano; liga compuesta de las fuerzas acaudilladas por los venecianos Juan Paleólogo, Emperador de Oriente, de Felipe, Duque de Borgoña, y de todos los demás príncipes cristianos, para volver la libertad á los Griegos y sumergir la media luna en una noche perpétua: pero habiendo los confederados perdido la batalla de Varna, Jorge Bulkoy se vió forzado á regresar á la Servia, no pudiendo aspirar á obtener la paz sin la intercesion de su hija María. En aquel intermedio esta dió á luz la niña de que hice mencion al principio de mi relato, y temiendo con motivos fundados y por mas de un concepto la violencia de su esposo, recelando que la diese muerte, imaginó una estratagema que la pusiese á salvo de cualquier peligro. Ella hubiera deseado que su hija profesara la *religion cristiana* en que ella fué educada, pero esto era impracticable porque Amurat era severísimo tocante á su

culto; por otra parte, los cristianos se le habían hecho sospechosos y aborrecibles, cometiendo el perjuicio de violar la tregua de los diez años. Así fué que María hizo propalar oficialmente la noticia de que acababa de dar á luz una criatura que espiró á los pocos momentos de nacer, en cuyo suceso apenas pararon mientes los turcos ocupados en la defensa de sus bienes, y sus vidas. Las pocas personas que merecieron la confianza de la reina la guardaron lealmente el sigilo. Ella me confió el delicado cometido de educar á la niña. Disgustado al cabo de mi larga residencia en la córte de un monarca tan colérico como Amurat II, y tan impetuoso como su hijo, solo anhelaba un retiro que no infundiese sospechas á la suspicacia del Emperador. María, estaba penetrada de mi adhesión, así que dejó á mi discreción el cuidado de manejarme del modo que tuviese por mas conveniente en ese negocio. So pretesto de reponerme de mis dolencias alcancé del Sultan licencia para retirarme á una posesion de mi pertenencia en la Mingrelia, sitio que elegí para educar en la dulce calma lejos del bullicio, y de las pasiones, á la princesa cuyo cuidado se me confiaba, y de la que con tan profundo dolor se separaba su madre.

Partí, pues, con tan precioso depósito; saliendo de Andrinópolis, y rodeando mucho por tierra á fin de no embarcarme en el Ponto-Euxino infundiendo sospechas, por cuanto se le daba cuenta exacta al Emperador de cuanto allí entraba y salía; además, evitamos muchas miradas curiosas en los pueblos del tránsito, porque el excesivo calor nos obligaba á marchar de noche y descansar de día. A las dos semanas nos hallamos en un desierto arenoso, sin vestigio de sendero ninguno; y se levantó en medio de las densas tinieblas una tempestad furiosa: nuestros guías aprovechaban la luz de los frecuentes relámpagos para poder dar un paso. Cuando menos lo esperábamos, oímos voces confusas de hombres, que nos acometieron de improviso y con violencia. Yo recibí un terrible sablazo en la cabeza, cayendo al suelo sin conocimiento, y sin poder amparar á la niña que con tanto esmero conducía. ¡Hubiera preferido morir en aquel instante al dolor de sobrevivir en la duda de la suerte que pueda haberla cabido á esa princesa, tal vez esclava á estas horas de los bárbaros! Cuando llegó el día, presencié el triste espectáculo de los cadáveres de algunos de los míos, y de las graves heridas de los que sobrevivieron; la princesa desapareció con el enemigo. Algunas gotas de bálsamo de la Meca aplicadas á mi herida por mis fieles servidores que se olvidaban de sí mismos por asistirme, pusieronme en estado de poder continuar mi marcha.

Faltos de provisiones y estenuados de fatiga, tuvimos que hacer alto en Erzerum, donde gobernaba Azor, sobre cuya amistad podia contar. Allí nos repusimos todos en su casa, mientras que se practicaron infructuosas pesquisas para prender á los ladrones. Por último, llegué á mis posesiones triste y desconsolado, y no fué sino mucho tiempo despues que me decidí á participar á la reina el rapto de su hija; ella me contestó las siguientes

palabras:—"Ibrahim, hay una Providencia cuyos arcanos son inescrutables: tal vez si mis lágrimas alcanzasen á compiarla, volveria yo á ver algun dia á mi hija!"

¡Veinte años han trascurrido ya, oh Fátima! sin que nuestros votos hayan sido atendidos, á pesar de haber yo practicado las mas esquisitas pesquisas.

Cuando concluyó Ibrahim su narracion, Fátima le dijo:

—Te doy gracias por tu confianza; te guardaré el secreto; convengo en que tu afliccion es motivada: empero, desapruero la desesperacion por ser atributo de almas débiles, y se separaron: aquel, aliviado su corazon de un peso por la expansion que diera á su pecho; y ella, cavilosa en sumo grado, disimulando su turbacion, y deseosa de encontrarse sola para dar rienda suelta á sus meditaciones.....

VIII.

Fátima se apresuró á encerrarse en su habitacion, pues su cavilacion y su gran turbacion consistian en una cláusula que de intento omitimos en el capítulo anterior de la narracion de Ibrahim, y es la siguiente: "Cuando dice que hizo las mas esquisitas diligencias, si bien sin fruto, por descubrir á la princesa, registró á todas las niñas que pudo en la Mingrelia por ver si acaso tenian una señal indeleble que él practicó en el brazo izquierdo de la princesita, de la forma de una estrellita."

Fátima tenia esa señal; de modo que cuando oyó aquellas palabras de boca de Ibrahim se sintió pronto á desfallecer.

—¿Seria posible, gran Dios, se decia ella hablando consigo misma, que sea yo la legítima hija de la virtuosa María? Ah! si así fuese, entonces la ley me autorizaba para rechazar impunemente la desenfrenada pasion de Mahomet.

Luego se desnudaba el brazo, y añadía como inspirada:

—Sí, es una estrella: Ibrahim ha dicho que él mismo la pintó en la parte superior del brazo izquierdo, no hay duda; hace veinte años, dice; esa es mi edad precisamente: ah! sí, todo concuerda.... una estrella!.... Oh estrellas! vosotras que guiásteis la nave en que yo navegaba en medio de un mar lleno de escollos, favorecedme con vuestras influencias benignas en estos momentos en que parezco estar llegando á seguro puerto!

Aquella fué noche de insomnio para Fátima, discurriendo los medios de aclarar de un modo positivo ese misterio.

Apenas amaneció, envió á llamar á Kara-Isuf, este era un pobre hombre que la sirvió de padre desde muy pequeña; pero reducido á la indigencia, se habia visto obligado á venderla á un Bajá, quien viéndola tan hermosa, la respetó para regalarla á su vez al Sultan.—Kara-Isuf no se hizo esperar, y Fátima le recibió con igual deferencia que á su padre.

—Te hice llamar para un asunto de gravedad y trascendencia suma en mi existencia de hoy mas;

ya es llegada la hora de que nada me ocultes y respondas con entera verdad y franqueza á mis preguntas. *Soy ó no tu hija?* Kara-Isuf se turbó visiblemente y no supo qué contestar.

—Perdóname, añadió ella, ciertas dudas bien fundadas que abrigo tocante á mi nacimiento; pero de la declaracion de este arcano depende mi ruina ó mi gloria: además que si yo no fuese hija tuya, tus cuidados para conmigo me ponen en el deber de mostrar hoy, que mi posicion me lo permite, todo mi reconocimiento.

—Nó, Fátima, respondió el cuitado anciano postrándose de hinojos; no eres mi hija!

—Esta confesion no basta; ahora te suplico me esplices quién soy, y cómo vine á tu poder.

—Ni la menor luz puedo darte respecto de esto, pues te juro que lo ignoro completamente.—Una noche que todo yacía en el mayor silencio, oí llorar á una criatura á la puerta de mi vivienda: me levanté y la hallé efectivamente espuesta á la intemperie, envuelta en ricos envoltorios; despierto á mi mujer y te entrego á ella, que habiendo dado á luz un niño poco habia, compartió desde luego contigo el alimento destinado solo para su hijo: éste murió poco tiempo despues, y tú sola fuiste desde entonces el único objeto de nuestros mas tiernos cuidados.—He conservado, con todo, cuidadosamente los envoltorios, porque inferí que tal vez algun dia arrojarían alguna luz sobre el misterio que envuelve tu origen: esto es cuanto en honor á la verdad puedo decirte.

—Pues bien, respondió Fátima; mañana espero que me traigas esas empañaduras,—y que reserves por de pronto cuanto hemos hablado en esta conferencia.

IX.

CONCLUSION.

Cuando Abed-Ker visitó en aquel dia á Fátima, la halló sumida en profundas meditaciones; preguntada por aquel la causa, ella le refirió la singular aventura de su nacimiento y de su vida.

—La nobleza de tu carácter, repuso sin manifestar sorpresa Abed-Ker, denotó siempre la grandeza de tu origen; pero no sé si deba de alegrarme ó de sentirlo, pues tal vez dejes de ser desde hoy Fátima para mí, y apenas, sí, mi querida princesa, se dignará echar una mirada de compasion sobre este su pobre esclavo.

—Esa duda me ofende, Abed-Ker; disipa esos vanos temores; yo no distribuyo favores al rango, sino al mérito: si mi condicion cambia, mi corazon es el mismo siempre; leal y amante para tí. Igual ascendiente conservarás sobre Fátima cuando se la dé á reconocer ante la corte de Mahomet por hija de Amurat y de María, como cuando la creías hija del indigente Isuf.

Abed-Ker se arrojó á los pies de aquella angelical criatura con los párpados húmedos de tierna emocion. Despidiéronse por el momento, y ella fué

á informarse de todo su destino.—Isuf acudió con las mantillas.—Ibrahim fué llamado.

—Si te he hecho venir, díjole ella, es con el objeto de darte noticias de la niña que te robaron. ¿Reconoces estas mantillas?—Ibrahim trasportado de júbilo, las reconoció al punto.

—Ah Fátima! exclamó poseido del mayor entusiasmo; no dilatemos por mas tiempo tu felicidad y mi ventura, ni la dicha de tu madre: descúbreme aquella estrella que señalé en tu brazo, porque no dudo que seas tú misma esa princesa.

Despues de identificar de este modo su persona, Fátima envió inmediatamente un mensaje á la reina María participándola su descubrimiento, juzgando que aquel seria el dia para ella mas dichoso de su vida. Ibrahim prometió que manejaría ese asunto convenientemente, pues una noticia semejante no debe comunicarse de repente: dirigióse al aposento de la reina, doliente siempre, y la halló en su lecho postrada en el mayor abatimiento. Preparó el terreno, hizo recaer diestramente la conversacion sobre el objeto que se deseaba, y poco á poco le reveló la gran noticia; mas cual no seria el asombro de Ibrahim, cuando en vez de los esperados trasportes de alegría, María, cuyo corazon ya estaba cerrado á toda esperanza por las *muchas veces que habia sido engañada*, no manifestó la menor emocion y solo se sonreía estúpidamente. Entonces se llamó á Fátima, la cual mostró la estrella, y sollozó rodeando el cuello de su madre; mas ah! el estambre de la vida tan fuerte para el dolor, pero tan frágil para el placer, se rompió en aquel momento supremo, y fué causa de la precipitada muerte de María, que espiró en los brazos de su hija!

Esta perdió el sentido á causa de la pena amarga que le ocasionó el hallar y perder una tierna madre en un mismo dia; y tal vez hubiese muerto ella tambien á no ser por los oportunos auxilios de Abed-Ker que la volvió en su acuerdo.

Hemos vismo la funesta impresion que causó á la madre el reconocer á su hija; ahora veremos la de Mahomet al saber que los lazos de consanguinidad que entre ellos mediaban, eran un obstáculo á sus planes respecto de ella;—todo su amor se trocó desde aquel momento en odio implacable.—Desde el campo de batalla donde estaba, resolvió darla muerte secretamente, á cuyo objeto envió un emisario con orden de administrar un veneno á Fátima; el esclavo desempeñó su cometido perfectamente, y Fátima quedó acometida de una afeccion soporífera, y de una tristeza invencible, sin sospechar el letal veneno que encerraban sus entrañas.

Abed-Ker habiéndola reconocido detenidamente, conoció que estaba envenenada, y adivinó de donde partía el golpe; pero tomó su partido, no la declaró lo que ocurría; y como, aunque la arrancase por aquella vez de las garras de la muerte, conocía que al fin sucumbiría si persistía Mahomet en su empeño, tomó en sus adentros una resolucion extraordinaria.

Su plan principió por propalar en el serrallo la noticia de que se acercaban los últimos momentos

de la princesa, y prohibir el que nadie se acercase á su habitacion, porque la enfermedad que la mataba era contagiosa.

A la noche siguiente la aletargó, y ordenó que sin pompa fúnebre fuese enterrada acto continuo, porque el olor del cadáver se iba haciendo insufrible.—Con anticipacion Abed-Ker contrató fraudulentamente con el Íman la compra del supuesto cadáver de Fátima por una enorme suma, colocando en su lugar el cuerpo de una esclava engalanada con el traje de princesa, todo lo cual se efectuó con sigilo, con toda prontitud, sin infundir sospechas y con felicidad.

Una vez trasportada Fátima á la morada de Abed-Ker, la restituyó el libre uso de sus sentidos.

—Dónde estoy? preguntó ella al abrir los ojos y exhalar un suspiro.

—En salvo, libre, y para siempre en los brazos de tu esposo!....

EPÍLOGO.

¡Cuántas lágrimas derramó Fátima al saber de su amante los detalles circunstanciados de su salvacion!.... ¡Cuán grande no fué su agradecimiento al contemplar el riesgo eminente y la abnegacion de Abed-Ker en trance tan difícil!

Serenados, despues de muy pocos dias, se embarcaron para Italia, donde arribaron con toda felicidad, y allí despues de abjurar los errores del mahometismo y abrazar la verdadera religion, unieron sus manos en el altar de himeneo del modo mismo que lo estaban ya sus corazones.

De esta manera Fátima y Abed-Ker, tan dignos el uno del otro, gozaron las fruiciones que procurar pueden en este mundo el *talento*, el *amor*, las *riquezas*, la *hermosura* y la *VIRTUD*, reunidos en un conjunto armonioso; elevando sin cesar sus preces á la Virgen María y al Altísimo, en accion de gracias por tanta dicha!....

PEDRO DE PRADO Y TORRES.

UNA CACERIA EN RUSIA.

Una mañana del mes de Diciembre á 245 verstas de San Petersburgo cerca del camino de hierro de Moscow, salian por la puerta de una casa de campo construida de madera, seis individuos elegantemente vestidos de cazadores rusos, armados de muy buenas escopetas y de brillantes cuchillos de monte.

Sobre la delantera de seis trineos, impasibles y severos otros tantos musighs (siervos conductores) de cuyas enormes barbas é incultas cabelleras colgaban canelones de hielo, contenian sus caballos cubiertos de escarcha que piafaban impacientes anhelando la corrida. Una capa de nieve cubria la inmensa llanura que se perdía en un horizonte circundado de densos nubarrones que en vano se esforzaba en querer romper el sol naciente: el silen-

cio de aquel semi-desierto solo estaba interrumpido por el graznido de algun cuervo ó por el ahullido de algun hambriento lobo.

Los seis cazadores colócanse en sus trineos que arrancan con veloz carrera y se pierden en un camino que cruza el mas próximo bosque. Despues de media hora de rápida marcha se paran en un ancho valle, circundado de espesas arboledas, y en medio del cual calentábanse al rededor de una enorme hoguera cerca de cien esclavos destinados á hacer la batida. Sorprendente era el aspecto de este paisaje; la misteriosa sensacion que estasiaba los sentidos era tal, que difícilmente se podria describir; creíase uno bajo el poder de una mágica ilusion y transportado á unos de esos paisajes encantadores que se hallan descritos en los fantásticos sueños de las mil y una noches.

El sol elevándose radiante sobre los nubarrones, flechaba sus luminosos rayos en la arboleda ligeramente cubierta de nieve, reflejando sobre los troncos su vivísima luz, bajo el prisma de mil colores, como un conjunto de diamantes, esmeraldas y rubíes.

Las altas copas de los pinos estaban coronadas de gallos de monte, cuyas plumas parecian metálicamente esmaltadas. Elévase el frio á tal grado, que no habia bigote sin su respetuoso canelón, ni una barba ni patilla sin su competente capa de escarcha, ni un ojo sin un cerco de lágrimas, cuajadas cual perlas sobre la amoratada megilla.

Si pintoresca era la escena, no dejaba tambien de ser variada la reunion de los seis cazadores: haremos una ligera reseña de ellos.

El primero era ruso aleman, de arrogante figura y modales caballerescos, muy simpático en toda su persona: era M. Gofs el célebre arquitecto de la corona. El segundo, tambien de buena presencia, mas algo reservado de carácter, era el famoso pintor de Cámara de S. M. I. M. Sthitchi, húngaro de nacion y una de las celebridades artísticas Europeas. El tercero, era ruso inglés, jóven guapo y cortés. El cuarto, austriaco ruso, agrio de carácter, feo de persona, adusto y de detestables modales. El quinto, un andaluz. El sexto, un italiano español, ambos de sangre ligera, pudiéndose notar en sus semblantes curtidos por la brisa Moscovita un no sé qué de chispa burlona, característica de nuestro país.

Un montero de la corona, acompañado de dos paisanos conocedores del terreno, despues de haber pasado revista á los enclavos del mismo modo que se practica á los soldados, dieron principio á la cacería de la manera siguiente.

El montero y uno de los prácticos colocan á los cazadores en los puestos, mientras el otro, tomando el camino por la parte opuesta del bosque, distribuia la gente formando un cerco para la batida. Colocados así, el montero toca la corneta, y se oye un centenar de voces en todas direcciones que llenan el espacio, batiendo la porcion de bosque hácia el puesto de los cazadores; mientras estos atentos y silenciosos espian con avidez el des-

cubrir alguna pieza para poder disparar su arma. Ya empieza.

Un tiro suena á la derecha, tres á la izquierda, pronto se oye el fuego en toda la línea; diez minutos de ansiedad, de envidia, de celos. Las enormes liebres, mas blancas que la nieve misma, huyen acá y allá. Las mas dudosas é inciertas atienden mas á los gritos de la batida que al cazador que tienen en frente y que las deja tendidas en la nieve, otras buscan en la ligereza de sus patas la salvacion de su pellejo, y pasan como el relámpago entre puesto y puesto; cayendo la mayor parte de las veces taladradas por el mortífero plomo; otras heridas dejan la pista ensangrentada, la cual indica el sitio en donde se espera hallarla muerta, y muchas se rien del cazador inesperto, que con las manos heladas se encuentra embrollado y aturdido cargando su arma, y el cual mirando á un tiempo la pieza y su fusil, tarda mas y mas en encontrar los frascos y los pistones.

Ya el momento ha pasado; los batidores se confunden con los batidores, recojen las piezas, cada cazador saca su cuchillo y con él señala en las patas y orejas; luego se reunen y se hace la enumeracion de las víctimas y á qué cazador pertenecen.

Concluida esta, se hace otra batida, despues otra y otras, hasta el medio dia, que es hora de descanso.

Los trinéos se hallan en el lugar destinado para esta parada: una gran hoguera está encendida y rodeada por los batidores, los cuales sacando del bolsillo un pan negro, lo devoran con avidez, oyéndose entre sus dientes el ruido de la arena mezclada con la detestable harina de centeno y mal trigo, de que se compone tan repugnante alimento.

A pocos pasos rodeando un trinéo se ven los cazadores. Los cuchillos se embotan y se niegan á cortar un salchichon que se heló en el camino, y que salta en chispas como si fuese de cristal, y los dientes sufren al mascar un alon ó muslo de gallina, mas frio que en un mantecado ó en un queso de nuestra célebre Fosati.

Los vinos han hecho presa en las botellas, y salen como jalea: solo el rico amontillado mas bien con ira rusa que con tibieza jerezana, sale líquido de las botellas. Los musighs miran con avidez cada rico bocado que engullen los cazadores, semejantes al pachon que pasea su mirada desde la mano de su dueño que corta la comida á la boca que la recibe, mas no se oye ni uno que pida ni nadie que se queje.

En medio de esos batidores se hallan fisonomías interesantes y severas, que caracterizan la raza slavónica en todas sus bellezas y deformidades, desde el adolescente al hombre septuagenario.

Acabada la comida cada trinéo recoge las piezas muertas por su respectivo cazador, distinguiéndolas por las marcas hechas, y de seguida empieza otra vez la batida hasta caer el dia. Entonces los batidores reciben su paga y se retiran á sus casas.

Cada cazador sube á su trinéo con su troféo, y al gran galope de los caballos precedidos por el

montero vuelven á la casa de donde los hemos visto salir por la mañana. Allí los espera una comida espléndida, allá se repiten las ocurrencias del dia, allá van muchas bolas por alto, muchas botellas son sepultadas en los estómagos desfallecidos por el frio y el cansancio: allá va un brindis al cazador que mató mayor número, última mortificacion para el que trajo menos, mas tal es la costumbre. Entretanto los seis cazadores han matado setenta y tres liebres y veinte y cuatro gallos de monte; caería que pesó en junto veinte y siete arrobas con algunas libras. En todo reinó la mayor cordialidad.

E. C.

LA PRIMAVERA.

I.

Ya cantan los pajaritos,
ya viene la primavera,
ya el bosque se viste de hojas
y de flores las praderas.
Muchachas, mirad el cielo.
¡Qué azul y qué puro queda!
Azul, como vuestros ojos,
puro cual vuestra conciencia.
Allá muy lejos, muy lejos,
en la cumbre de la sierra,
se vé la nieve en montones
como rebaños de ovejas;
mas, por el sol derretida,
fecunda llanos y cuevas
que de verdura se visten,
que ya de flores se llenan.
Pasaron cierzos y frios,
pasaron lluvias y nieblas,
pasaron nieves y escarchas
y pasaron las tormentas...
*Alegraos, alegraos,
muchachas de la ribera!*

II.

Dios mio, tú das al hombre
el gozo tras la tristeza,
las rosas tras las espinas...
Dios mio, bendito seas!
El sol de marzo es la vida
del alma, en diciembre muerta.
Déjame este sol, Dios mio,
que me ahogan las tinieblas!
Luz, flores, cantos de pájaros,
cielo azul, auras serenas!...
Esta es la vida, la vida
y la gloria del poeta!
Muchachas de ojos azules,

de dorada cabellera,
de sonrosada mejilla,
de tez como la azucena,
condenad hoy al olvido
las cotidianas faenas
y al son de mi dulce lira
bailad en esta arboleda.

*Alegraos, alegreos,
muchachas de la ribera!*

III.

Vuestro pacífico lecho
abandonando contentas,
vendreis á estas soledades
cuando á las aves parleras
el canto de la alborada
oigais entonar en ellas.

Aquí me hallareis soñando
gloria y amor, que en la tierra
no tiene otro afán mi alma
ni mas ambición me inquieta;
y en tanto que orneis de flores
vuestra rubia cabellera
ú os mireis en estas fuentes
claras, tranquilas y frescas,
os contaré mil historias
de amor y ternura llenas,
que es todo amor y ternura
el corazón del poeta.

Felicidades muy grandes
estos campos nos reservan...

*Alegraos, alegreos,
muchachas de la ribera!*

IV.

Es tan espeso el ramaje
de esta frondosa arboleda,
que apenas por él los rayos
ardiente del sol penetran.
Pues aquí todos los días
vendreis á dormir la siesta
arrulladas por la fuente
que susurra entre la yerba,
perfumadas por las flores
que tapizan la pradera;
aquí todos los domingos
con los mozos de la aldea
bailando, y cantando alegres
pasareis la tarde entera,
y luego, á vuestros hogares
dareis cantando la vuelta
por la orillita del río
en cuyas ondas serenas,
brillan la luz de la luna
y la luz de las estrellas.
Llanuras y montes dicen
que esa estación se halla cerca.

*Alegraos, alegreos,
muchachas de la ribera!*

ANTONIO DE TRUEBA.

Acompañamos á este número un prospecto de la interesante Historia de la GUERRA DE AFRICA, escrita desde el campamento por el apreciable escritor D. Rafael del Castillo. Escusamos todo elogio toda vez que nuestros suscritores comprenderán todo el interés de esta Historia, siendo su autor testigo de los gloriosos hechos de armas de nuestro ejército.

En dicho prospecto se espresan las bases de su publicación.

A los Sres. suscritores á LA MODA, tanto de Cádiz como de fuera que deseen adquirirla, se les remitirá franca de porte al precio de un real la entrega: pudiendo dirigirse al editor de dicha obra D. Jesus Graciá, Oficina de la *Publicidad*, calle de San José núm. 4, Cádiz.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1860.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de Don Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitución número 11.

